

Tenti Fanfani, Emilio (mayo 2005). *Crisis de la enseñanza media : Transformar el mundo...de la escuela*. En: Encrucijadas, no. 32. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositoriouba.sisbi.uba.ar>>

Crisis de la enseñanza media

Transformar el mundo... de la escuela[1]

Si bien nadie duda de que la educación argentina en su conjunto atraviesa por una profunda crisis, la escuela media aparece como la más deteriorada y la que menos cumple con las expectativas de la mayoría de la población. Una explosiva combinación de recursos escasos y cambios culturales y sociales han provocado en esta institución una serie de síntomas cada vez más frecuentes: exclusión, fracaso escolar, violencia y sobre todo ausencia de sentido de la experiencia escolar, para un número cada vez mayor de adolescentes. El colegio secundario ya no cumple con sus viejas promesas de empleo y ascenso social. Teniendo en cuenta que este nivel es el equivalente funcional de la antigua escuela primaria, ¿qué modificaciones habría que llevar a cabo para asegurar una educación media de calidad para todos?

Emilio Tenti Fanfani

Profesor titular de la UBA, investigador del CONICET, consultor del IIEP/UNESCO en su oficina regional para América Latina.

Garantizar la escolarización de los grupos sociales subordinados

La masificación del nivel medio registrada durante los últimos años no se contradice con la persistencia de la exclusión escolar. Pese a la elevada cobertura, todavía se aprecian fuertes déficit en materia de culminación efectiva del nivel (aproximadamente el 45% de los jóvenes de 18 a 24 años completa el nivel medio). La grave crisis general que atraviesa la sociedad argentina viene a afectar las capacidades de muchas familias de sectores sociales socialmente subordinados (desempleados, subempleados, precarios, informales, autónomos pobres, etc.) para sostener la escolarización de sus hijos adolescentes y jóvenes. Mientras que en el quintil más pobre de ingresos casi un tercio de los adolescentes (30%) están descolarizados, sólo el 3% del quintil más rico está excluido de la escuela media. Pero las dificultades económicas no explican todo el fenómeno de la exclusión escolar. También operan factores de tipo cultural y social, relativamente autónomos de lo económico, que dificultan la retención y el éxito escolar de muchos jóvenes y adolescentes.

La escolarización de todos los adolescentes hasta completar la educación media es una "obligación social" ya que este nivel hoy es el equivalente funcional de la vieja "educación primaria". Por esta razón es un derecho de las familias y una obligación del Estado. La realización efectiva de este derecho requiere una inversión de recursos que es preciso prever y asignar con criterio de equidad. Los derechos y obligaciones sin recursos son letra muerta. De alguna manera la sociedad debe estimar el tamaño del esfuerzo a realizar, discutir los mecanismos fiscales necesarios para aplicar políticas redistributivas, mejorar los mecanismos de asignación y la eficacia del gasto, así como su distribución en el tiempo (corto, mediano y largo plazo). Pero la democratización de la educación básica no se resuelve con una política de "proliferación", es decir, con más de lo mismo. Por el contrario, se trata de imaginar y ofrecer otra educación acorde a la especificidad de los desafíos actuales.

Una nueva institución para los adolescentes y jóvenes

A modo de síntesis [2], puede afirmarse que el desarrollo actual y futuro de la educación para los adolescentes y jóvenes se enfrenta con tres situaciones interrelacionadas: cambia el sentido de la escolarización, cambia la relación entre títulos, puestos de trabajo y posiciones en la estructura social y se asiste en forma cada vez más frecuente a un conflicto entre cultura, recursos y expectativas de los nuevos alumnos y ciertas características de las prácticas y procesos educativos. Recordemos brevemente de qué se trata.

a) Cambio de sentido. En un principio el viejo secundario era una especie de antesala de los estudios universitarios (y de ciertas posiciones en las burocracias públicas y privadas emergentes) y como tal estaba reservado sólo a los herederos, es decir a los hijos de las clases dominantes y a algunos pobres meritorios. En él imperaba una estricta lógica selectiva. La “solución” para los problemas de aprendizaje o de conducta era la exclusión del establecimiento. En el mundo en que vivimos hoy la enseñanza media es el último piso de la educación básica y además se espera que “integre” y “contenga”, lo cual obliga a cambiar costumbres y dispositivos institucionales (sistemas de convivencia, de evaluación, etc.). En muchos casos el resultado es el conflicto y la pérdida de sentido. Por otra parte, la educación general básica no es sólo la antesala de la formación especializada y de la educación superior, sino la primera y estratégica etapa de un proceso educativo que ha de durar toda la vida.

b) Otra relación entre títulos y puestos de trabajo y la posición en la estructura social. Cuando los excluidos llegan a la educación media se produce el conflicto y el desencanto porque se encuentran que no existe ya correspondencia entre escolaridad, obtención del título de bachiller y determinados “premios” materiales (puestos de trabajo, salario) y simbólicos (prestigio y reconocimiento social). Porque llegan tarde, llegan en verdad a otro destino. Hoy el título de bachiller (o perito mercantil, etc.) sólo garantiza el derecho a hacer fila para un puesto de trabajo. Y esto desalienta a más de un adolescente y sus familias cuyas expectativas no evolucionaron al mismo ritmo que la relación entre los títulos y los puestos de trabajo.

c) Una oferta inadecuada. Mientras que la experiencia escolar tiene todavía las huellas (deterioradas) del momento fundacional (fragmentación del saber en disciplinas, homogeneidad de métodos y procedimientos, continuidad, coherencia, orden y secuencia únicos, régimen disciplinario, etc.), las nuevas generaciones son portadoras de culturas diversas, “no proposicionales”, fragmentadas, abiertas, flexibles, móviles, inestables, etc. La experiencia escolar se convierte a menudo en una frontera donde se encuentran y enfrentan diversos universos culturales. Esta oposición estructural es fuente de conflicto y desorden, fenómenos que terminan a veces por neutralizar cualquier efecto de la institución escolar sobre la conformación de la subjetividad de los adolescentes y los jóvenes.

Estas transformaciones en la demografía, la morfología y la cultura de las nuevas generaciones combinada con la drástica disminución de los recursos per cápita invertidos en la educación pública del nivel medio están en el origen de la tan mentada crisis de la institución escolar. Los síntomas más manifiestos y estridentes son la exclusión y el fracaso escolar, el malestar (de docentes y alumnos), el conflicto y el desorden, la violencia y las dificultades de la integración en las instituciones, y sobre todo la ausencia de sentido de la experiencia escolar para proporciones significativas de adolescentes y jóvenes. Todo pareciera indicar que aquellos que “llegan tarde” ingresan a una institución

que no ha sido hecha para ellos y que no cumple con sus viejas promesas de empleo y ascenso social.

El siguiente es un listado de características que en principio aparecen como deseables y necesarias para configurar una institución a la medida de los nuevos desafíos que plantea la escolarización de todos los adolescentes y jóvenes en la Argentina actual. En mi opinión, ellas son las siguientes:

- a) Una institución abierta que valoriza y tiene en cuenta los intereses, expectativas, y conocimientos de los jóvenes.
- b) Una escuela que favorece y da lugar al protagonismo de los jóvenes y donde los derechos que la ley les reconoce se expresan en instituciones y prácticas (de participación, expresión, comunicación, etc.) y no sólo se enuncian en los programas y contenidos escolares.
- c) Una institución que no se limita a enseñar sino que se propone motivar, interesar, sensibilizar, movilizar su atención para desarrollar aprendizajes significativos en la vida de las personas.
- d) Una institución que se interesa por los adolescentes y los jóvenes como personas totales que se desempeñan en diversos campos sociales (la familia, el barrio, el deporte, etc.) y no sólo por los alumnos en tanto aprendices de determinadas disciplinas (la matemática, la lengua, la geografía, etc.).
- e) Una institución flexible en tiempos, secuencias, metodologías, modelos de evaluación, sistemas de convivencia, etcétera y que toma en cuenta la diversidad de la condición adolescente y juvenil (de género, cultural, social, étnica, religiosa, territorial, etc.).
- f) Una institución que forma personas y ciudadanos y no “expertos” es decir, que desarrolla competencias y conocimientos transdisciplinarios útiles para la vida y no disciplinas y esquemas abstractos y conocimientos que sólo sirven para aprobar exámenes y pasar de año.
- g) Una institución que atiende a todas las dimensiones del desarrollo humano: física, afectiva y cognitiva. Una institución donde los jóvenes aprenden a aprender en felicidad y que integra el desarrollo de la sensibilidad, las emociones, la ética, la identidad y el conocimiento técnico-racional.
- h) Una institución que acompaña y facilita la construcción de un proyecto de vida para los jóvenes. Para ello deberá desplegarse una “pedagogía de la presencia” caracterizada por la responsabilidad, el compromiso, la apertura y la reciprocidad del mundo adulto para con los adolescentes y los jóvenes.
- i) Una institución que desarrolla el sentido de pertenencia y con la que los jóvenes “se identifican”.

Cuatro tentaciones a evitar

Pero las mejores intenciones pueden conducir a los peores resultados si no se tiene en cuenta que todo “modelo ideal” incuba efectos perversos que es preciso conocer para controlar. Entre ellos y para terminar, quiero recordar los siguientes:

- a) La condescendencia. Que aconseja inventar escuelas para jóvenes pobres, contribuyendo así a la fragmentación social de la escuela y fortaleciendo la reproducción escolar de las desigualdades sociales y viceversa. Será preciso estar atento y controlar las buenas intenciones que invitan a ofrecer una educación pobre para los pobres.
- b) El negativismo. Asociar la adolescencia y la juventud a situaciones indeseables, de peligrosidad social (delincuencia, enfermedad, drogadicción, embarazo adolescente, violencia, etc.), en síntesis, a la pura negatividad que sólo induce a la intervención preventiva. Para ello es preciso no olvidar que la adolescencia y la juventud es la edad de la energía, la fuerza, la belleza, la curiosidad, la imaginación, la creatividad, la esperanza, el desinterés, la pasión, la sensibilidad, la entrega, la generosidad y otras riquezas

asociadas.

c) El demagogismo juvenil y adolescente, que consiste en ofrecer comprensión, contención afectiva, respeto a la cultura joven, etcétera, sin desarrollar conocimientos y actitudes complejas y necesarias para la inserción social y política de los jóvenes en el mundo adulto. La valoración voluntarista u oportunista de “las culturas de los jóvenes” por sí mismas acompaña y legitima muchas veces la exclusión respecto de los valores más valiosos y complejos de la cultura “adulta” y universal.

d) El facilismo. Éste consiste básicamente en una especie de reproducción escolar del modo de aprendizaje y de relación con la cultura que desarrollan los medios de comunicación, de producción y circulación de culturas juveniles de masas. Me refiero a la pedagogía del zapping, la espectacularización, el placer inmediato y sus lamentables consecuencias: el desprecio por la complejidad, el esfuerzo y el trabajo escolar, la paciencia, el sentido de la espera, la disciplina, etc.

Pero no basta el ideal. Para cambiar el mundo de la escuela pública se requieren al menos tres ingredientes: a) hay que saber qué hacer y cómo hacerlo; b) hay que tener voluntad política y poder efectivo; c) hay que movilizar recursos varios y significativos (al menos gente competente, tecnologías adecuadas, dinero y tiempo suficientes). Sin estos requisitos, las reformas se quedan en los papeles y nunca llegan a las cosas, es decir, a las aulas.

Notas

[1] Este texto retoma algunos planteamientos del libro Educación media para todos. Los desafíos de la democratización del acceso (Altamira, Buenos Aires 2003) compilado por el autor de este artículo.

[2] Aquí retomamos los criterios de política sugeridos en el libro Una escuela para los adolescentes (Losada, Buenos Aires, 2000).